

Desde 1673, Colbert había indicado á Luis XIV que se diesen pasaportes á los buques enemigos que quisieran traficar con Francia: en 1677, Suecia, Holanda y Rusia acordaron que en caso de hostilidad no se darian patentes de corso, y lo mismo hicieron los Estados Unidos de América y Prusia en 1789. La Francia en 1791 hizo la primera proposición regular á las potencias europeas para borrar recíprocamente del derecho de gentes las fealdades que en él resultaban: esta misma nación, á pesar de estar en guerra con los Ingleses, había ordenado á sus escuadras que ofreciesen protección y apoyo á la expedición inglesa de descubrimientos del capitán Cook, donde quiera que se la encontrara, y podemos lisonjearnos de que no está lejano el tiempo en que el útil negociante y el inofensivo corsario podrán recorrer tranquilamente los mares por medio de las escuadras enemigas con la vista en el cielo y la sonda en la mano, sin tener nada que temer absolutamente de estas.

CAPÍTULO XXVII

Cook. — El mundo marítimo.

1768, 26 de agosto. El Inglés Jacobo Cook es el que inauguró la era de la navegación científica: habiendo conseguido, por sus talentos é intrepidez, salir de su humilde condición, fué elegido para capitanear el buque que al otro hemisferio se enviara á fin de observar el paso de Venus por el disco del sol, y desde este momento, los sabios de los diferentes países aprovechándose del olvido á que parecían entregadas las antipatas nacionales y las guerras de los reyes, se coligaron en favor del pacífico interés de la ciencia, preparando al efecto sus instrumentos y cálculos con admirable precisión y actividad. Cook, acompañado en su viaje por hombres eminentes en toda clase de ciencias, tuvo que sufrir los frios nocturnos de la extremidad del Cabo de Hornos, y llegó á Taití (1), isla descubierta por Quiros en 1606, y visitada después por el Inglés Waly y por el Frances Bougainville, y que había sido designada como el punto mejor situado para un observatorio. No menos hábil que experimentado, Cook entabló relacio-

curso, hacía notar que en el Océano la propiedad privada venía á quedar asegurada de un saqueo, pero quedaba expuesta á otro, supuesto que se verían inmensamente acrecentados los medios de las grandes potencias, y disminuidos los de defensa de las menores. Poco uso hacían ya aquellas del corso, al paso que los Estados Unidos y los pequeños, no pudiendo tener permanentemente una grande fuerza armada, en un caso dado echaban mano de las pequeñas naves corsarias. Proponía por consiguiente que se añadiera: «Será respetada la propiedad privada de los súbditos y ciudadanos de una parte beligerante en alta mar, en caso de apresarse naves públicas armadas por la parte enemiga, salvo el contrabando.»

(Nota de 1862.)

(1) Los indígenas, á quienes los primeros navegantes preguntaron el nombre del país, les respondieron: *O-Taiti*, es decir, *Es Taiti*, y el uso hizo entonces prevalecer el nombre impropio de *O Taik*, sobre el verdadero de Taiti.

nes amistosas con los naturales, y dispuso todo lo necesario para una observación, que tantos corazones hacía latir en todos los ángulos de la tierra. Chappe marchó á California para rectificar las observaciones hechas en Siberia: Gentil se dirigió hácia las Indias, en donde, bajo un cielo no velado por nube alguna hacía seis meses, vió ocultarse el sol instantáneamente en el momento preciso del fenómeno, si bien muy luego volvió á presentarse mas esplendoroso, y el mas feliz éxito coronó estas universales esperanzas.

Mientras que los demás contemplaban el cielo, Cook engrandecía los conocimientos que de la tierra se tenían, descubriendo ó reconociendo muchas y diferentes islas en el Mar del Sur. Dotado de un alma de fuego y de un cuerpo de hierro; atrevido en sus concepciones, resuelto en su ejecución, perspicaz en la invención de recursos é indomable en los reveses, reprimió las sublevaciones con una serenidad que rayaba casi en altivez, y comprendiendo que el mal éxito de las expediciones anteriores procedía en gran manera de la defectuosa construcción de los buques, muy grandes para llegar á la costa, y demasiado reducidos al propio tiempo para navegaciones largas, se ocupó en perfeccionarlos.

En Taití encontró pocas montañas elevadas, llanuras cubiertas de cocoteros, bananeros, moreras y cañas de azúcar, y playas abundantes en pesca, y siendo apacibles y cultos los habitantes de la mayor parte de estas islas, los de la Nueva Zelanda se presentaron á Cook feroces y canibales. El reconocimiento de esta región que circunnavegó por completo, es el primero de los grandes descubrimientos de Cook, y el sabio Dalrymple fué en esta ocasión de utilidad suma, indicando continuamente los mejores medios que al efecto debían emplearse.

Desde aquí el navegante inglés se hizo á la vela para la Nueva Holanda, que reconocida ya en el siglo xvi, había caído en el olvido, hasta el punto de poderse considerar ahora su encuentro como un descubrimiento, constituyendo un mundo enteramente nuevo. Cook siguió su ruta, admirando las plantas y los animales, de aspecto nunca visto, que á su paso hallaba: atravesó el Estrecho que separa este continente de la Nueva Guinea, descubierta en 1666 por Torrres, compañero de Quiros; pero como siempre quería conservarse á vista de la tierra, varó en uno de los numerosos bancos de coral que pueblan las costas de estas islas, y hubiera perecido sin remedio, si las mismas ramas del coral no hubieran cerrado la abertura que en el buque hicieran, y que de este modo les fué ya posible remediar por completo. Después de haber tomado posesión de Nueva Gales del Sur, volvió á su patria, habiendo dado la vuelta al globo en dos años y once meses, aunque no sin haber perdido á su regreso un gran número de hombres, víctimas del escorbuto, y en este viaje, el célebre Banks que le acompañaba,

enriqueció la botánica con ejemplares en extremo raros.

La idea de que la Nueva Zelanda formaba parte de un vasto continente austral, quedaba destruida por el reciente viaje de Cook; pero á pesar de esto, muchos otros navegantes persistían en creer en su continente meridional. Decidióse, por tanto, una nueva expedición que la investigase, y Cook marchó con la *Resolución* y la *Aventura*. General interés y simpatía acompañaban á este viajero, comisionado, digámoslo así, por la Europa entera para llevar las artes á los Bárbaros, y reparar, con ayuda del Cristianismo, los daños que causarían Pizarro y Valverde, y llevaba en su compañía sabios de nota como Banks, Green, Sparrmann, Solander, Forsler y Anderson, formando una especie de academia que se dedicaba á sus tareas científicas á bordo de las dos fragatas. En su viaje encontraron moles de hielo de dos millas de extensión y 60 piés de altura, y después una masa continua y auroras boreales, y adquirieron el convencimiento de que allí no existía tierra, á ménos que no fuese á gran distancia, después de haber permanecido 117 días en el mar, sin haber visto tierra mas que una sola vez. En la Nueva Zelanda dejaron carneros, cabras y hortaliza de Europa, á fin de dar á los naturales un testimonio de sus benévolas intenciones, y de regreso á Taití, Cook aprendió á conocer mejor á los habitantes, asistió á sus representaciones dramáticas, y se confirmó en la buena opinión que de ellos formara á pesar de sus sacrificios humanos y de la barbarie de sus guerras.

Á causa de su carácter benévolo entre sí y para con los extranjeros, Cook denominó Islas de los Amigos á un grupo de unas 100 que se extienden por el 3° de latitud y 2° de longitud, pobladas por muy diferentes naciones, y cuya metrópoli es Tonga, descubierta en 1643 por el Holandés Tasman, y que se nos describe como un jardín, de temperatura uniforme, y susceptible del mas bello cultivo si tuviera manantiales. Los indígenas veneran á los dioses malignos, cuyo favor buscan por medio de encantamientos: deducen sus presagios de los fenómenos celestes: observan la prohibición del *tabu*: el sumo sacerdote *Tuitonga*, de la estirpe de los dioses, es tan venerado como el U, esto es, el rey; hacen por último, en algunas ocasiones sacrificios humanos, y si hemos de creer á los viajeros, difieren en extremo de los Europeos en su horror á la maledicencia.

Cook continuó por espacio de un mes navegando por el Archipiélago, mas determinado por los precedentes viajeros, que denominó las Nuevas Hébridas: adelantóse después hasta otras tierras que llamó de Sandwich, las mas meridionales que hasta allí se vieron, todas cubiertas de hielo, y después de haber corrido mas de 20,000 leguas marinas mas allá del Cabo de Buena Esperanza, volvió á Inglaterra

á los tres años y diez y ocho días de su partida.

Animados por estos ejemplos, algunos Franceses habían armado en Bengala dos naves, que comandadas por Surville, exploraron los Mares Antárticos y descubrieron en ellos el país de los Arsácidas; pero el capitán pereció ahogado, y aunque otros Franceses siguieron sus huellas, los escasos resultados que obtuvieron, y la gran mortandad sufrida, no hicieron mas que poner mas en relieve el mérito de Cook, que había sabido conservar la salud de su tripulación.

Desechada ya la idea de un gran continente austral, ó relegada su existencia á una altura tal que de ningún provecho podía ser, ni para colonias ni para riqueza, quedaba todavía la duda de si existía algun paso al Noroeste, y el gobierno inglés decretó 20,000 libras esterlinas al que lograra encontrarle. Ofrecióse Cook á hacer la investigación, y cargados sus buques de ganados con que enriquecer las islas del Sur, se encontró nuevamente en el teatro de su antigua gloria, cuyos habitantes quedaron maravillados con sus regalos. Dedicándose entonces á buscar el paso apetecido, tocó la extremidad mas occidental del continente americano, separada apenas del Asia 13 leguas, y precisó la anchura del Estrecho de Behring. Obligado por los hielos á virar de bordo, y descendiendo desde el polo ártico en toda la longitud de medio mundo hácia el antártico, para visitar en el invierno las islas Sandwich, tuvo en estas la mas benévola acogida. No podía sin embargo refrenar la invencible inclinación de aquel pueblo al robo, por lo cual obligado á emplear medidas rigurosas, irritó á algunos que se le sublevaron, le dieron muerte y se encarnizaron en el cadáver de aquel á quien ántes tanto amaran y respetaran.

Muy poco favorecido se vió Cook en sus viajes por la fortuna, puesto que respondió negativamente á dos cuestiones que los descubrimientos posteriores resolvieron en sentido afirmativo; pero fué afortunado en extremo por los lauros que alcanzara, lauros merecidos ciertamente, porque exploró una extensión de costas mayor que hubiera explorado navegante alguno. Nadie había recorrido la ribera occidental de la Nueva Holanda: nadie había circunnavegado la Nueva Zelanda, creída continente: la Nueva Caledonia y la isla Norfolk, á él se le deben, como también la determinación de las Hébridas y de las islas Sandwich dadas al olvido, y aunque tales resultados están muy lejos de ser tan gloriosos como los de los primeros descubridores, el que nos ocupa resolvió en aquellas regiones, y mucho mas todavía en el Noroeste de la América, importantes problemas geográficos, y determinó con una precisión, hasta entonces desacostumbrada, la situación de todos los lugares adonde se aproximó. Un mérito que es particular á Cook es el

1772.
13 de julio.

1770.

13 de junio.

1775.

1769.

1776.

Muerto de Cook.

cuidadoso esmero con que se ocupó de la salud de su tripulación en viajes que le trasportaron dos ó tres veces desde la línea á los dos polos, y él fué quien primero reconoció el jugo de limón como un excelente preservativo de los males que ocasiona una navegación dilatada. En la Nueva Zelanda fabricó cerveza con corteza de pino, y en las islas de la Sociedad saló la carne de puerco por un método particular, describiendo él mismo estas minuciosidades en relaciones sencillas y que llevan el sello de la verdad. No hay novela que pueda interesar tanto como estas narraciones, en que se describen las precauciones que tomaba para que no se alterase la salud en su gente, la destreza que desplegó para domesticar á los Bárbaros, y la posesión que tomó de un mundo que se ensanchaba para recibir los abundantes frutos de la civilización europea. Su gloriosa muerte en el campo de batalla hizo olvidar los errores que el espíritu de nación le hizo cometer, mudando los nombres á tierras que los Franceses y Holandeses habian ya ántes descubierto.

En el interin, habia estallado la guerra entre Inglaterra y Francia; pero esta última nación habia dado á todas sus escuadras órdenes para que respetasen la de Cook: noble ejemplo de respeto á la neutralidad de la ciencia, que no imitaron por cierto los Estados Unidos de América.

Clarke, que ocupó el puesto de Cook, continuó el viaje de circunnavegación, durante el cual vió que algunas islas estaban en guerra abierta disputándose la posesión de las cabras que el último dejase en ellas, y que concluían por destruir. Habiendo buscado también en vano el paso al Norte, Clarke emprendió su regreso, que no llegó á concluir, muriendo en Kamchatka despues de haber dado por tres veces la vuelta al globo. También pereció en este viaje el naturalista Anderson.

El pueblo de Nueva Zelanda fué particularmente simpático para Cook por la generosidad de su carácter y la riqueza de sus productos, lo que estimuló al gobierno á fundar la colonia de Botany-Bay. El capitán Philips, enviado con este objeto, encontró mas oportuno el puerto Jackson, y aunque se componia en su mayor parte de malhechores, la colonia prosperó, y desde ella se hicieron salidas atrevidas para explorar las costas contiguas, formándose establecimientos en los que se encontraba agua, carbon, puertos y abundante caza de focas.

Oceania. De este modo volvió Europa á fijar su atención en aquellos países que habia olvidado por espacio de dos siglos, y se dió el nombre de Oceanía á la quinta parte del mundo (1), que comprende el continente de la Australia y las islas, desde las playas africanas al Occidente

(1) Walkenaer, en el *Monde maritime* (Paris, 1819), quiso dividir la tierra en tres mundos: al antiguo, el nuevo y el novísimo, que comprende la Australia, la Nueva Holanda con sus islas, el Archipiélago Oriental y la Polinesia.

hasta la América al Oriente, y desde el polo austral hasta el continente asiático, abrazando un espacio de 240°, esto es, dos tercios de la circunferencia terrestre, con 500,000 leguas de tierra, pobladas por 25,000,000 de habitantes. Importantísima es esta parte del globo así para el estudio de la naturaleza como para el del hombre: en ella parece que se han dado cita todas las razas, desde el blanquísimo albino hasta el mas negro, desde el gigante al pigmeo: allí se ve la sociedad patriarcal vecina á las tribus antropófagas, naciones de civilización antiquísima junto á pueblos nacientes, y como si la naturaleza hubiera querido insultar al hombre, los mas inteligentes entre los monos aparecen al lado de los mas estúpidos de entre los hombres: en ella se encuentra una vegetación rica y florida al pié de los volcanes desoladores, las mas extrañas especies de animales y vegetales, y un mar tranquilo y apacible, que se ve de repente agitado por terribles huracanes y mortíferos remolinos, y allí finalmente, junto á templos anteriores á toda memoria humana, se ven surgir isletas, en las cuales dentro de poco verá su cabaña sombreada por magníficas palmeras el salvaje, que feliz en su desnudez, goza de las delicias de la naturaleza, que para él crió el ave del paraíso é hizo madurar el árbol del pan. Igualmente varias son en esta region las formas de gobierno, no conociéndose mas que la tribu en unas partes y en otras la monarquía solamente; variedad aumentada todavía mas por causa de los pueblos que allí tienen ó tuvieron algun dominio, á saber: los Ingleses, Portugueses, Españoles, Holandeses, Norte-Americanos y Chinos.

Un fenómeno particular de aquel Océano es la fosforescencia de las olas que á la caída del día producen una nueva luz brillante como la plata. Unas veces se diria que eran lavas arrojadas por el Etna, y otras, estrellas redondas ó cuadradas que se encienden, corren y se deslizan perdiéndose en lontananza: ya forman guirnaldas, ya serpentean y brillan como centellas, y á veces, finalmente, se extienden por cientos de millas bancos de color de rosa ó azul ú ópalo, de donde proceden los nombres de Mar de la Sangre y Mar de Leche que los primeros navegantes dieron á aquellas aguas. Las embarcaciones dejan en pos de sí un surco resplandeciente, como también todo cuanto el viento mueve, y hasta el agua misma que se conserva en las casas; efecto atribuido á los infinitos moluscos é infusorios que pueblan cada una de sus gotas.

Aun estoy por decir que la naturaleza se presenta todavía mas admirable en aquellas regiones, al verla construir, por decirlo así, nuevas tierras. Los corales y madreporas elevan del fondo del mar sus ramas entrelazadas de modo que ofrecen un obstáculo insuperable aun á las fragatas mismas, y así unidas forman una empalizada alrededor de un espacio de agua, el cual, terraplenándose con los depósitos mari-

nos y otros pólipos, muy pronto se convierte en una isla. De este modo se forman cada año varias de estas, elevándose ya algunas á muchos piés sobre las ondas, convertidas en fértiles terrenos, mientras que se muestran apenas otras á flor de agua, cubiertas solamente con el gracioso follaje del odorífero pandano, que ofrece alimento y lecho al náufrago infeliz que á ellas es arrojado. Aquí se ocultan unas como un lazo insidioso bajo las aguas, ó se elevan verticales desde abismos cuya profundidad no alcanza á medir la sonda: allí se forman bahías y ensenadas alrededor de antiguas islas, ó se cierran las existentes, y acaso, por último, llegará día en que extendiendo sus ramificaciones de isla en isla, reducirán á vasto continente aquel espacioso y dividido Archipiélago.

Desde el primer viaje al través del Estrecho Magallánico, recogió Pigafetta diferentes palabras de los países que visitara, dando con esto excelente ejemplo á los que le siguieron: á mediados del siglo pasado Forster presentó un cuadro, aunque pequeño, de comparación entre los once dialectos oceánicos con el malayo y las lenguas de Chile, Perú y Méjico, en las que se encontró con aquel muy estrecha analogía; Bougainville y Cook extendieron notablemente este género de estudio, y los últimos viajes han demostrado que en las islas de la Oceanía existe un sistema de idiomas, unidos entre sí con vínculos de mucha afinidad, y procedentes de un origen comun (1). Dos hay que prevalecen sobre los otros, á saber, el malayo y el javanés, que poseyendo como ya hemos visto monumentos de una época ciertamente muy remota, una literatura rica y original, gran número de documentos históricos y restos de una legislación muy notable, ofrecen preciosos indicios sobre el origen y emigraciones de las gentes oceánicas. El malayo se habla en todo el Mar de las Indias, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Nueva Guinea, y aun donde no es de uso constante, sirve, como la lengua franca en el Levante, de medio general de comunicación.

Los Holandeses se habian dedicado al malayo para facilitar el comercio y las misiones, á cuyo fin el Frances Flaccourt publicó un diccionario del habla del Madagascar: otro tanto hicieron los frailes españoles con la de las Filipinas, indicando profundas observaciones que se ampliaron luego que en nuestro siglo llegó á ser ciencia la lingüística. Entonces Marsden y Leyden llevaron á cabo trabajos muy plausibles sobre el malayo, y Crawford y Raffles sobre el javanés, demostrando la importancia de estos idiomas, y publicando también los Holandeses

(1) Formosa y Malaca se comprenden, según d'Urville, en la Oceanía por razon del idioma. El insigne lingüista Bopp leyó en diciembre de 1840 en la Academia de Berlin una profunda disertación, en la que demuestra la concordancia de las lenguas malayas ó polinésicas con las indo-europeas, con respecto á los pronombres personales é indicativos, y sobre este mismo punto fijó M. Gustavo de Eichthal la atención de la Academia de Ciencias morales de Paris en marzo de 1844.

varios textos del último de ellos. En cuanto á las lenguas no escritas, Chamisso y el Dr. Martin, metodistas ingleses, dieron alfabetos de las de Sandwich y Tonga, y los sabios que acompañaron á Dumont d'Urville hicieron conocer las de la Nueva Holanda y del Van Diemen.

De estas comparaciones aparece que las semejanzas que se observan entre las varias lenguas oceánicas podrian atribuirse á la existencia anterior de otra general, de la que aun quedan vestigios en países muy apartados entre sí; países cuyos idiomas ofrecen algunas veces las mismas relaciones de analogía que los dialectos de provincias contiguas, mientras que difieren bastante unos de otros los que se hablan en las provincias intermedias. De este modo la lingüística puede hacer que se aproximen pueblos entre los que no se conoce mas lazo de union que el idioma, y que se encuentran separados á un espacio de 190° de longitud.

El orientalista mas profundo de nuestros dias, Guillermo de Humboldt, aumentó de un modo maravilloso los conocimientos que sobre aquellas lenguas se tenian, y en su obra póstuma sobre el kawi, lengua litúrgica y literaria de los antiguos Javaneses, buscó las afinidades y examinó el desarrollo de todas las oceánicas, no para hacer alarde de la fria paciencia del gramático, sino para perfeccionar la inteligencia de las formas del pensamiento, y extender el conocimiento de los monumentos y de las tradiciones. Del mismo modo que Guillermo Schlegel, que rivalizó con él en sagacidad y en ciencia, no limitaba la comparación de los idiomas á la de palabras sueltas, sino que sin dar estas al olvido, indagaba las semejanzas gramaticales, con lo que vino á formar cinco grupos, á saber, el malayo y javanés, el de las Célebes, el del Madagascar, el de las Filipinas y Formosa, y el último, que comprende las lenguas de la Polinesia Oriental, cuyos dialectos principales son los de las islas Tonga, Sandwich, Nueva Zelanda y Taití. Todos ellos se rigen por una ley única, por medio de la adición de las partículas prepositivas y expletivas; esto es, modificando la idea capital con el aumento de algunas sílabas á la raíz, que mediante aquellas, se convierte en verbo, en adjetivo, en nombre abstracto ó en concreto. Su afinidad se descubre principalmente en la identidad de los pronombres personales, de donde se deduce que puede asegurarse la unidad de raza de los pueblos oceánicos, si bien se halla modificada en cinco variedades principales.

En el primer grupo, principiando por Levante, los *Polinesios* propiamente dichos, de tez amarillenta, habitan al Norte en las islas Sandwich, y al Sur en los Archipiélagos denominados de la Sociedad, Peligroso, de los Amigos, de los Navegantes, de los Feetges, de la Nueva Zelanda, de la Nueva Caledonia y de las Hébridas: en el centro residen los *Carolinos* en las islas Kingmill y en las adyacentes como las Carolinas propiamente dichas y las Marianas: los

Razas.

Negros de la Malesia ocupan la Nueva Guinea, y el interior de Timor, Flóres, Cambava, Borneo y las Filipinas; los *Malayos*, de color de ladrillo, pueblan las costas de la Malesia, desde la occidental de Sumatra hasta la oriental de las Filipinas, además de los Archipiélagos de Salomon de las Luisiadas, de la Nueva Bretaña y de la Nueva Irlanda, y por último, los *habitantes de la Australia*, mal conocidos todavía (1). Además de estas poblaciones, parece que los Negros fueron los primeros que habitaron la Oceanía, y varias tribus esparcidas en la Nueva Guinea, en el continente de la Australia, y entre los montes de Malaca y los de Filipinas, restos acaso de los primitivos habitantes, hablan dialectos completamente distintos e informes, que no han podido clasificarse ni estudiarse.

Las leyes geográficas, pues, lo mismo que las etnográficas exigen la agregación a esta quinta parte del mundo marítimo de muchísimas islas que en otro tiempo se decían asiáticas, si bien nosotros, a pesar de aprobar esta última distribución, hemos debido atenernos a lo que nos indicaba la razón de los tiempos y de las tradiciones. Después de haber hablado ya, por lo tanto, de las islas enumeradas en otra época entre las de las Indias Occidentales, nos resta hablar aquí de las más inmediatas a la Australia.

Unas de estas se hallan aisladas, otras formando grupos, algunas solo ofrecen desnudas y peladas rocas, y hay varias, como Borneo, Célebe, Java, Sumatra, Madagascar y Nueva Guinea, además de la Australia, que son de las mayores islas conocidas. Las innumerables más pequeñas que se designan bajo el nombre de Micronesia, y que se dividen en Carolinas y Marianas, están esparcidas por un vasto océano, y a cada instante están formando otras nuevas los pólipos, eficacísimos agentes de la naturaleza orgánica.

El Dr. Chamizo primeramente, y después Duperey y D'Urville y los rusos Lütke y Martens, fueron los que dieron alguna luz, aunque incierta todavía, acerca del grande Archipiélago de las Carolinas; nombre que dió el viajero español Lazcano a la primera que vió en 1668, en honor de Carlos II, y que extendieron después a las que vieron los navegantes sucesivos creyéndolas la misma que aquel descubriera. A muy luego fueron a ellas misioneros de Manila, que las describieron, y trabajaron muchísimo en la obra de la conversión, aunque con escasos frutos. Diéronse después al olvido, hasta que en 1793 el *Antilope*, buque de la compañía inglesa, su capitán Enrique Wilson, vino a estrecharse contra los escollos de las islas Pelew, y deshecha la tormenta y disipada la oscuridad, causada de su desgracia, vieron tierra, a la que llegaron arrojándose a las chalupas y balsas que de pronto construyeron. Era la tierra que habían visto una isla desierta dependiente del

(1) Esta es la clasificación hecha por el capitán LAFOND en el *Bull. de la Société géogr.*, marzo, 1836.

rey de Pelew, que ordenó se diera inmediato socorro a los naufragos, por lo cual se estrecharon entre estos y aquel relaciones de amistad, aunque mutuamente admirados unos de otros. Los Europeos ayudaron a aquel rey Abba Tule en las guerras contra sus enemigos, hasta que habiendo construido un buque, emprendieron su partida: Li-Bu, hijo del rey, quiso seguirles, y se educaba efectivamente en Londres, en donde experimentaba la sorpresa natural en quien ve una cultura a que no está acostumbrado desde la infancia, cuando murió de viruelas en esta capital.

El naufragio del *Mentor*, nave americana, hizo conocer las islas Martz, Chiangle, Lord-North y de los Mártires. Martens, Morrel y D'Urville nos hablan de las Carolinas propiamente dichas como de un país deliciosísimo por su clima y por su población bella, industriosa y valiente, llena de atenta delicadeza hacia el bello sexo y muy distante de aquella lascivia que parece universal en el Océano Pacífico; los tejidos que fabrican son excelentes, y es entre ellos costumbre el arrojar los cadáveres al mar.

Muy curioso sería, pero también demasiado largo, el narrar las extrañas aventuras por cuyo medio una nave perdida, un buque ballenero, una embarcación naufraga vinieron a descubrir países que no lograron ver en sus repetidas y bien concertadas exploraciones expedicionarias instruidos. Así, en 1785, el capitán de un buque de la compañía inglesa de las Indias, habiendo anclado en el puerto de Penang, para proveerse de agua, fué visto por la hija del rey de esta isla, que enamorada de él perdidamente, suplicó a su padre que se le diera por esposo, y habiendo aquel accedido y dándole en dote la isla, aquel afortunado navegante la vendió por 30,000 libras esterlinas a la compañía, que la puso el nombre de Príncipe de Gales, é hizo de ella un punto principal de escala y depósito para el comercio del opio. Bateman, dirigiéndose desde la tierra de Van Diemen al puerto Philips, halló que los indígenas poseían conocimientos propios de naciones civilizadas, y supo la causa cuando encontró entre ellos un blanco, que abandonado allí enteramente solo en 1803, vivía con los naturales hacia casi 40 años, enseñándoles, cual otro Robinson, cuanto sabía de las artes europeas.

La grande isla ó continente de la Australia ó Nueva Holanda es casi igual a dos terceras partes de la Europa, y su contorno se asemeja al del África, prolongándose como esta hacia el Sur, formando una concavidad muy pronunciada hacia el Sudoeste, y extendiéndose asimismo bastante en su región média. Presentóse esta isla estéril y monótona, con habitantes de color negruzco, delgados y salvajes, y se halla poblada de plantas y animales que parecen contradecir las ideas y clasificaciones admitidas. En ella se elevan árboles gigantescos de sus áridas arenas: las ortigas y helechos semejan a nuestras encinas; pero en lugar del agradable verdor

N. Holanda.

de nuestros bosques, un follaje blanquecino y tosco viene allí a entristecer la vista por doquiera. Encuéntanse eucaliptas, árboles de la goma con las hojas dispuestas verticalmente, acacia sin hojas y siempre de color verde oliva, sea primavera, sea otoño; pero faltan los frutos que en todas las demás partes dan sustento al hombre, escaseando también los animales terrestres, si bien abundan los pájaros y las conchas de gran belleza y valor. Solo el perro está domesticado en esta isla. Existe también en ella un volcán que arroja llamas; pero no lava: el cisne es allí negro; hay también otro animal (*ornitorinco*), mixto de cuadrúpedo, reptil, pez y pájaro, y con muy pocas excepciones, todos los animales son de doble bolsa, por lo que Cuvier formó con ellos un grupo distinto (marsupiales). Grandes ríos se precipitan de las montañas; pero se pierden ó se reducen antes de llegar al mar: las montañas no tienen valles, y en aquel clima delicioso vive una raza degenerada que apenas se atrevería nadie a llamar hombres. Deformes y débiles de cuerpo, ignorantes de todo arte, no conociendo la propiedad particular, se hallan sujetos a las más groseras supersticiones y hasta a crueles ritos: cortan a las mujeres dos falanges del dedo pequeño: se hacen los hombres en sus cuerpos dibujos en relieve; entierran con la madre a su niño infante, y se desuellan la nariz en señal de luto.

El grupo de montañas llamadas Azules, que rodea las regiones inferiores, aunque de poca elevación, no presentaba valles accesibles, y el cirujano Bass, que penetró bastante en esta sierra, trepando por las alturas y descendiendo a los abismos, se vió precisado a declararlas inaccesibles, como las consideraban también los naturales. Solo en 1813 se encontró un paso hacia el Occidente, que permitió llegar siguiendo sus revueltas a una vasta llanura, a propósito para la agricultura y la caza; pero en donde los ríos se desbordan algunas veces hasta el punto de inundar casi hasta las alturas. Aquí se formó la ciudad de Bathurst, y después Oxley, llevando delante la exploración, encontró el Río Maquaire, que se pierde en las llanuras del interior, cuando se esperaba que desembocase en el Océano. Este mismo, Sturt y otros vieron también muy bellas comarcas poco distantes de las costas, y que ofrecían sus atractivos a las especulaciones agrícolas, y por último, Leichart hizo en marzo de 1846 muchos descubrimientos en el interior, en donde encontró prados y lagunas muy adecuadas para el cultivo del algodón y del arroz, y para el pasto de bueyes y caballos.

Las islas de la Polinesia, pequeñas generalmente, a excepción de la Nueva Zelanda y algunas otras entre las cuales esta Taití, se hallan muy esparcidas; pero aunque situadas entre los trópicos, los vientos templam los ardores del sol, de modo que en ellas la primavera es continua, y producen magníficas flores y excelentes frutos. El Nuevo Zelandes se halla en aquel es-

tado en que los sentimientos elevados no moderan las pasiones y los sentidos: inferior al Europeo, pero superior por su inteligencia a otros pueblos civilizados, se ve dominado por la religión y por la superstición, a las que no acompaña, sin embargo, la conciencia de sus actos: las leyes que arreglan su conducta se fundan en su interés, y vano y orgulloso, finalmente, es exagerado en sus dichos, siente muy poco los afectos naturales, y se desprende inconsideradamente de la vida (1).

Ignórase el modo cierto de haberse poblado estas islas; hay quien se remonta hasta los Fenicios, quien hace descender su población del Japon, quien de Java, no faltando tampoco algunos que la crean resto de la que habitaba un vasto continente sumergido. Que toda ella procede de un mismo origen, lo demuestran, además del idioma, algunas costumbres, y no son de las que nacen de las necesidades naturales, y cierta conformidad de ritos que por doquiera se encuentra en estas islas, creyendo algunos encontrar origen común en los Dayaks de Borneo, a los cuales se asemejan algún tanto los habitantes de aquellas por su tez amarillenta y pálida, el aspecto de sus cuerpos, sus negros y largos cabellos, así como por sus costumbres, gobierno y la observancia del tabú, si bien la raza ha sufrido algunas alteraciones por consecuencia de las diversas mezclas. Los navegantes de fines del siglo pasado supusieron que la navegación por aquellas islas había seguido el mismo rumbo que ellos seguían de Occidente a Oriente, y atribuyeron su civilización a los Malayos, que tanta importancia tienen en aquel Archipiélago; pero hoy se cree que solo pudo venir de la parte de Levante y de los Polinesios, opinión conforme con las de Urville, el misionero Ellis y Moerenhout (2), y fundada así en la homogeneidad de los caracteres típicos como en la dirección de los vientos y de las corrientes. El centro de donde emanara la civilización polinésica, si no se la quiere considerar como espontánea y original, es todavía desconocida, y acaso fuera una tierra que haya desaparecido por completo.

El sistema religioso de estos naturales es muy poco conocido, y solamente Moerenhout dió sobre él alguna luz, manifestando algunas ideas cosmogónicas bastante particulares. Creen en un Dios supremo creador, del cual emanan muchos dioses y héroes, que forman una teogonía regular de un gran desarrollo poético, y que se halla difundida de un extremo a otro de la Polinesia: muchos de sus ritos se refieren al culto del sol, que en su idioma se llama *Ra*, como en el Egipto, y existen otros muchos puntos de semejanza entre los Egipcios y los

(1) Nota de M. Martin a la Asociación británica para el progreso de las Ciencias, 1845.

(2) D'URVILLE, *Viajes*.
ELLIS, *Investigaciones sobre la Polinesia*.
MOERENHOUT, *Viaje a las islas del Grande Océano*.

L. Carolinas.

Polinesia.